

El reportero que llegó del trópico

MARCO AURELIO CARBALLO

Lo primero que se me vino a la sesera en cuanto subí al avión, estimado Hugo Leonel del Río, fue que debía regresar más seguido a Monterrey. Diré una obviedad pero Monterrey no es sólo el hotel Ancira y La Nacional. Agregaría restaurantes y tabernas y librerías, no recorridas esta vez por falta de tiempo, excepto la de Sanborns, hace muchos sexenios. Es el tiempo que llevaba sin ir a esa gran ciudad de hombres recios y de mujeres lindas. Aquel Sanborns de molletes para jóvenes y no para ancianos de prótesis dentales desvencijadas. Aparte de las librerías, quisiera dejar bien claro, como dicen los zánganos de la política, extrañé la fritada de cabrito. Un tema tabú para los regiomontanos de pipa y guante y para uno de cepa como tú, ajeno al cabrito, debido sepa a qué recónditos traumas.

Fue mayúsculo el gusto por recorrer parte de la ciudad, si bien ahora viajé a Nuevo León para tareas distintas a la de entrevistar a un gobernador (qué tedio) o para, como la Llorona en pantalones, seguirle la pista a mis dos primeros hijos. De nuestro reencuentro quizá extrañé las discusiones en Coyoacán, un neolonés y un soconusquense, porque divergiéramos lo mismo respec-

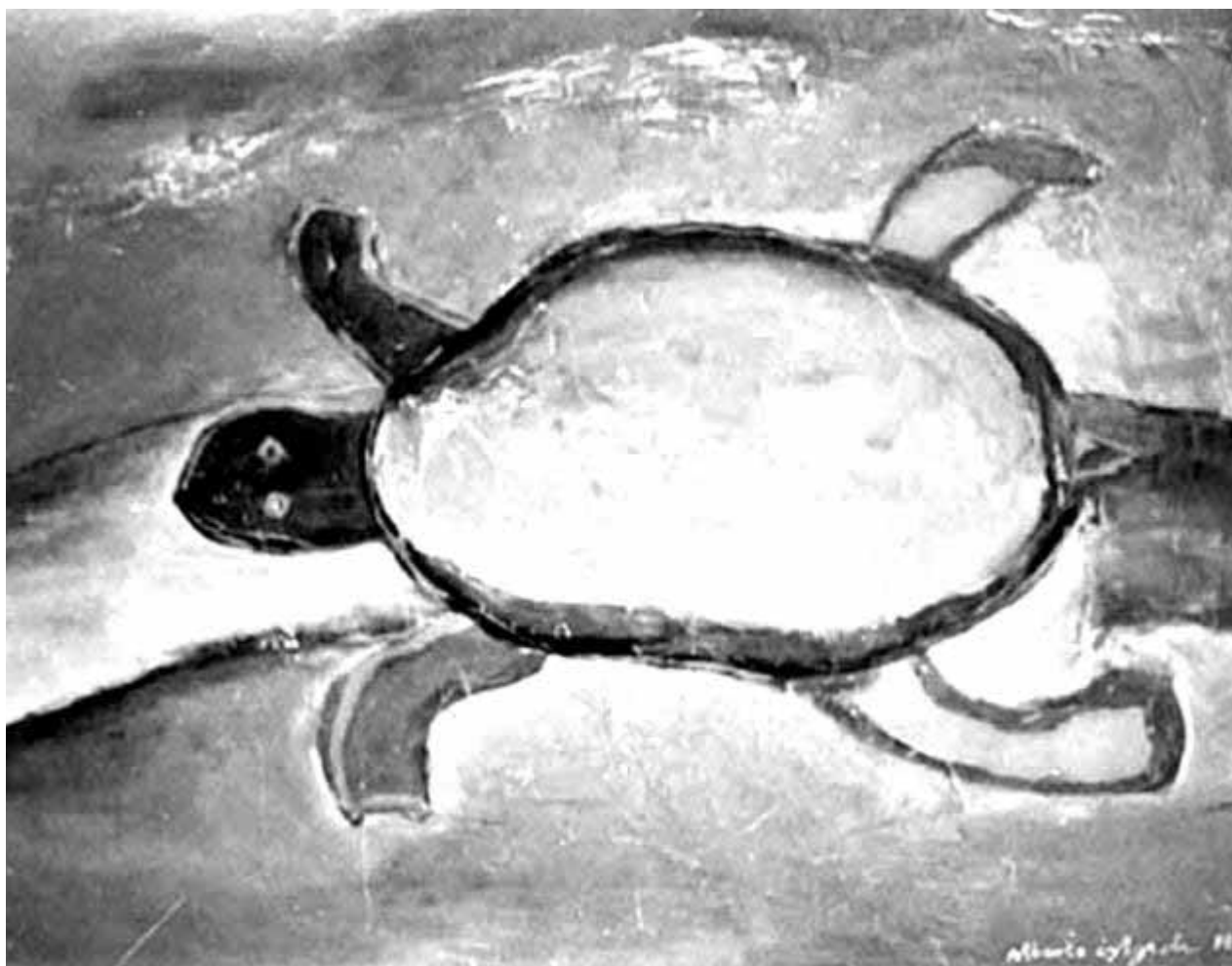
to a escritores que respecto a libros, por supuesto, y sobre películas y bebidas. Incluso olvidé cobrarte las apuestas atrasadas como aquellas que cruzamos acerca de las primeras escenas de Casablanca. Reconozco tu especialidad en Casablanca porque tú la has visto un mayor número de veces que yo, acaso porque me llevas un sexenio de edad, je je.

Quien sabe si eso, la edad, haya influido para que escogieras el Ancira y desayunáramos ahí, feliz coincidencia en cuanto a gustos. No sólo por la nostalgia que el hotel despierta en mí, merced a las cuchipandas vividas en sus abrevaderos, sino porque nunca perdí la fe en la buena machaca revuelta con huevos, en el cabrito y en los denominados (hoy) cortes. Un ciudadano raso proveniente no sólo del sur sino también de abajo probó esos platillos en el DF, antes de conocer Monterrey. Pero cuando tú, norteño, y tu entrañable amigo el Tavarés, probaron mi elogiado cabrito en una taberna de la colonia Doctores del DF, un pre-chivo frito, ambos coincidieron en que eso no era cachorro de chiva sino de gata.

El soconusquense probó la fritada de cabrito hecha por un señor mampo, cocinero oriundo ¡de Jalapa!, en el palacete norteño de un mafioso regional quien después huiría del país. Quiso caer de hinojos, el del Soconusco,

no el señor mampo, y decir un padre nuestro en susurros pero con fervor para que la vida le permitiera volver a paladear aquella mezcla de rechupete. El mafioso acostumbraba zamparse la fritaba entre buche y buche de jaibol, nada pálidos porque eran de etiqueta negra. Así que el reportero que llegó del trópico y de abajo creyó que iba a perder tiempo si hincaba las rodillas tratando de recordar el padre nuestro, y bebería menos jai-boles y dejaría enfriarse el potingue humeante. Así que, disculpa la rancherada, Hugo Leonel, pero el mafioso y yo bebimos whisky y cuchareamos la fritada como lo que éramos, un par de nacos (mucos) venidos a más. Él por sus transas y yo gracias al oficio más lindo del mundo, el de teclador.

El remate sin duda fue el encuentro que tuvimos tú y yo en La Nacional, de la calzada Madero. Ahí díjeme que me dije (dirías tú), oh, Dioses, qué bueno que sigue habiendo cantinas. Como sabes, las tabernas en el DF han sido disfrazadas de restaurantes, quien sabe si porque ya entran las chicas. Desde luego estoy en favor de que entren, de otra manera ni la señorita Morris hubiera conocido La Nacional ni yo a la poetisa Leticia Salazar Herrera. Me conmoví tanto con La Nacional que empiné el codo de manera obsesiva y compulsiva, sin tiempo para criticar la pantallota en la cual, ni modo, muchos ven el fut y no conversan. Por fortuna el partido estaba a punto de concluir y hubo canje de puntos de vista varios. Hubiera querido platicar más con Daniel



Alberto Calzada

Dimas Segovia y con Leticia Salazar Herrera y desde luego contigo. Hubiera querido tener datos sobre tu tercer libro de cuentos a punto de ver la luz, aparte de su misterioso título Chivo.

Sólo déjame decirte que un herbívoro perteneciente a la raza roja renovó su confianza en el “rib eye”. Sentí siempre confianza por ese corte exquisito pues tiene hueso y grasa. Pero en el DF lo deben importar de las colonias inglesas porque siempre está más duro que mi cráneo deforme. Hasta la arrachera me gustó a pesar de que tengo la intuición de que es un corte desdeñable. No tanto como el filete, insípido, que los peces gordos se zampan a dos carrillos para demostrar la solidez de su dentadura, su capacidad pecuniaria y su gusto sospechoso. Incluso han tenido que sujetarlo con un cincho de tocino para darle sabor.

Querido Hugo, gracias por el recibimiento y por la despedida en esa ciudad de gente en verdad trinchona. Son regionalistas con derecho a presumir lo que poseen, sobre todo porque construyeron un emporio sobre el mar sin agua

Fantasmas en La Farola

La chica de voz cantarina, nuestro contacto en Oaxaca, nos iba a llevar al hotel Cantera Real porque ahí nos harían descuento. Estaba habituado como reportero a los hoteles de cuatro o cinco estrellas, pero mis necesidades eran mínimas, una mesa, una silla y un enchufe. Hasta antes de hospedarme en el hotel Efe de Tapachula, me abstenía de preguntar por la lámpara del buró porque ningún cuarto de ningún hotel carece de lámpara, excepto los del hotel Efe. Dormir en Oaxaca y viajar de regreso la tarde siguiente al DF era perspectiva agradable porque podría visitar “La Farola” y porque acaso el fantasma de Malcolm Lowry patrullaría las mesas y se detendría ante mí para lanzarme su bendición y mi octavo mamotreto tuviera la calidad de su “Bajo el volcán” o de “Oscuro como la tumba donde yace mi amigo”. No

importaba, pues, en qué hotel paráramos. Nuestro contacto había dicho algo de un diario en huelga mero enfrente y de que los huelguistas tenían tomada la calle pero el asunto estaba concluido.

Me sentí afortunado cuando ocupé un cuarto con vista al mar. Pero en la “playa” había aún carpas de los huelguistas y experimenté sentimientos contradictorios a favor y en contra. Ignoraba por qué la CROC había declarado la huelga a un periódico, si esa confederación afiliaba sindicatos de aguerridos meseros no de periodistas. Podía ser gente del taller. El sindicato de redactores de la prensa había sido arrasado por el vendaval de la globalización y como nuestro contacto dijo que ella tampoco entendía el porqué de los huelguistas, me desentendí. No por desclasado, porque la señorita Morris y yo habíamos viajado ocho horas de ida y vuelta a la Sierra Mije a reportear lo que, al escribir el borrador, resultó un híbrido de reportaje y crónica.

Me sentía extenuado por el viaje traqueteante bajo la lluvia, tras una desmañanada atroz, y por las caminatas en el lodo. Le pregunté al guía acerca de cuáles eran las mejores botas para la época de lluvias porque mis mocasines irían a dar a la basura. Pero iba a ser un gasto inútil, calculé, si bien el viaje anterior había sido a una zona polvorienta barrida por rachas de viento y el siguiente a una sierra fangosa bajo la lluvia pertinaz. Desacostumbrado, las botas terminarían arrumbadas y la inversión inamovible porque terminarían los viajes de polvo y lodo cuando que podría darle mejor destino a ese dinero, un galón de mezcal tobalá (maguey de sombra) o un litro del whisky que no mancha, diría el Tigre Ricardo Maldonado, reportero de fuste.

Vi el costo del cuarto en un tablero y supuse que “estaría en precio” con el descuento, como dicen quienes se fijan en esas minucias. El cuarto era imper-

sonal y aséptico, de tres o cuatro estrellas y con vista a la bahía. La señorita Morris y yo cenamos como soldados en quince minutos. El botones era también el mesero y no pensé en la explotación del hombre por el hombre (ojo, CROC) sino que estaba duplicando su sueldo con suplencias, la de botones o la de mesero.

Luego del baño y de fracasar en el intento de poner el clima a dieciséis grados (ni siquiera encendió), fue imposible dormir. La cama era convexa y mi tonelaje no conseguía hundirla bajo mi peso. Le busqué sobre los dos costados y nada. No quise asomarme a ver a los huelguistas. A la llegada husmeé en las carpas y vi a varias personas charlando sentados a una mesa y vacíos los camastros. ¿De qué servían las tres o cuatro estrellas con esa cama siniestra, la mía? He estado en cuartos de una estrella y he dormido a pierna suelta, como se dice, sobre colchones desven- cidos, y yo sobrio. A las seis am gritos agudos me despertaron. Un tipo del campamento debió sentirse gallo capón.

Durante el desayuno de café y cuernos, la señorita Morris, con la ironía de la treintañera dirigiéndose no a un sexagenario, sino a un lerdo, dijo que ella sí pudo encender el clima con los botones de “off” y “on”. Reaccioné como todo tipo insultado en su inteligencia y ella dijo, rectificando, que le había oprimido todos los botones. Fue peor. Conozco esos aparatos y un botón es para el ventilador otro para la calefacción y el del frío. No puedes oprimir todos. No.

La contacto, Norma, nos recogió luego de que pagamos la noche con el descuento descomunal de cinco pesos y cincuenta centavos. Ella con su voz cantarina y su andar de potranquilla con muslos de Señorita Oaxaca, nos llevó a La Farola. El descuento obedeció, deduje, a que le vendía perfumes a los empleados del hotel. ¡Ajajá!...

La Farola parecía recién pintada y con mobiliario nuevo. Mejor que la anterior ocasión, cuando sus muros

eran de color pastel. Pronto descubrí que atrás de mí estaba enmarcada una crónica sobre La Farola escrita por mí hacía catorce o quince años. Las páginas de “Siempre!” estaban deslavadas y oscurecidas. Tuvieron el acierto de entresacar dos párrafos en los cuales hago referencia a Malcolm Lowry. Me propuse llevarles un ejemplar nuevo. El papel se desintegra en treinta años, dicen. El desastre podía ocurrir en el 2015, pero me importa un diputado. Acaso entonces haya dos fantasmas en La Farola parlotando de madrugada en la barra. Nos empinaríamos cualquier cantidad de mezcales o pálidos jaiboles. Le beberé los alientos a Malcolm como solía decirse hace dos siglos para entender las claves de Bajo el volcán y el hecho de que le rebotaran el mamotreto doce veces. Ojalá y me cuente esos detalles y no se la pase tocando su ridículo ukelele.

Adictos a la mojarra

Lamento, Carlangas, que no hayas podido viajar de Huixtla a Tapachula para que probaras las mojarras del sitio aquel donde ibas a encontrarte con tu tío y ex entrenador de tu única pelea en peso mosca. Se lo comenté y él se mostró extrañado. Ignoraba que su sobrino hubiera peleado por primera y única vez, empatando, contra Kid Charolita, ¿o lo olvidó? La pelea debió ocurrir ¿cincuenta, cincuenta y cinco años atrás? No le insistí porque él estaba concentrado arponeando los seis camarones pacotilla en su ceviche y yo cavilaba en por qué malentendido supuse que él prefería las mojarras. Estábamos Maque (a) María Eugenia, tu prima; tu ex entrenador y tío, y yo. Tu otra prima, Silvia, declinó porque tenía mejor festín, bautizo con marimba.

Mi hermano Enrique me llevó meses atrás a ese restaurante y la mojarra me satisfizo. Tu ex entrenador y Maque insistieron en que, si es frita, debe ser bien frita. Intuyo que ese pescado puede hacerse en caldo pero el bagre le da más sabor. ¿Es así? Para mí, la mojarra frita es lo ideal. Cuando me autoexilié en el DF, Chong Solís

Pepe y yo, tratando de adquirir, ¡ya!, el rango de hombres de mundo (él ambicionaba ser padrote de Nebraska), íbamos de figón en figón buscando mojarras.

Fracasamos porque en el DF, tú sabes, predomina el robalo y el huachinango y de una o dos semanas santas anteriores. Los expertos nos veían condescendientes y admitían la sabrosura del pez acantopterigio, aunque tiene demasiadas espinas, y que el robalo sabe a veces a algodón insípido y el huachinango a borra salada.

Chong Solís Pepe y yo cruzábamos miradas y sonreíamos. Tenían razón porque, para saber cómo hincarle el diente, hay que aprenderlo en el Soconusco, en la costa de la selva, y en la costa del Golfo. Debes paladear la mojarra desde niño y a capela, por decirlo de ese modo, sin tenedor y expurgando las espinas del bocado con la lengua. Con tortillas y chilmole recién hechos no con tostadas partidas en cuatro ni con salsa a la mexicana refrigerada. Usas el tenedor pero nunca, jamás, el cuchillo. Se usa uno especial, dicen. Chong y yo dejamos de buscarlas persuadidos de lo vano del esfuerzo. Quedaba regresar a la tierra y saciar la “mojarra-dependencia” con varias piezas anchas y panzonas.

Tu ex entrenador, tu tío Abraham, pidió el ceviche de camarones. Ya sabes cómo somos los viejos... Las cosas son así porque deben ser así y punto y se acabó. Iba de buenas, sin ganas de confrontar mi neurosis con la de él y él tampoco dio motivos. Le recordé su biografía, como te lo platicó él también. Iba a reiniciarla, dijo, pero en detalle porque la primera versión le había resultado lacónica.

Maque y yo parlotéábamos minucias y olvidamos pedir bien frita la segunda mojarra. Hay que ser machacones sin que importe el fastidio del mesero, sin duda con las mismas ambiciones de Chong Solís Pepe. Mi amigo tampoco logró vivir a costa de “las chicas malas de la Coyuya (?)”, decíamos en la prepa, porque la “hizo” con sus empresas.

Iba a conseguirle tres libretas a tu ex entrenador, le dije. Para su juventud, la madurez y para el tercer tercio de la canija lidia de la vida que empitona como cualquier toro. A mi padre se le abrieron de par en par sus pequeños ojos de nonagenario arrecho y, al sonreír, sus bigotillos a la Errol Flynn ejecutaron un serpenteo como de oruga albina. Otro desaliento en su debut como narrador habrá sido, me temo, el que no hallara por dónde empezar y por dónde seguirle.

Espero en su texto la descripción de cómo entrenaba él y cómo entrenaba a su pupilo. Estaré atento al pasaje. Si él se describe vistiendo como todo profesional del boxeo, casco protector incluido y guanteletes y calzón y zapatillas de púgil, y tú nomás con los guantes y a lo mejor zapatos de cuero, según me platicaste en el Sanborns de los azulejos, confiaría en que el resto está apegado a la verdad. Ya sabes, a él le gusta echarle demasiada crema a sus tacos, valga la frase hecha. ¿Tenía él treinta y tantos años y tú menos de veinte?

Ojalá, Carlos Carballo Guzmán, hagamos un viaje TG-Tonalá-Mixtequilla en busca del tiempo perdido y de regreso a Tapachula te llevaré al restaurante “Aarón”, frente a Chedraui, para que opines sobre la mojarra y los tacos de cazón y las empanadas de camarones.

Un día antes, Mario Ruiz Redondo me invitó a un restaurante. La mojarra estaba régules pero quién sabe capturada en qué Semana Santa. El dueño es sinaloense, dijo el director del Diario del Sur, así que probamos el callo de hacha. Exquisito. No había buzón de sugerencias. Ojalá el dueño, dada su estirpe, ofreciera cabrilla, no importa si congelada. Lo más parecido a la mojarra que he comido en las costas del Golfo de Cortés, en Mazatlán o en La Paz, y el boquinete del Caribe.

El viaje por la costa quizá sirva para marchar a la otra vida conociendo a fondo nuestros orígenes, y trataré de ubicar un restaurante céntrico de mojarras, no de la Semana Santa del 2005, de la semana en curso. ■